

A top-down photograph of a woman standing in shallow, clear water. She is wearing a vibrant red, short-sleeved dress that is slightly wet and clinging to her body. Her legs are visible, and she is barefoot. The water is light blue and shows ripples around her feet. The overall mood is serene but carries a sense of mystery due to the title.

**ALBERTO  
BARRERA TYSZKA**

**Mujeres que matan**



SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*¿Pero dónde está mi casa y dónde  
de mi cordura?*  
ANNA AJMÁTOVA

## (Unas palabras en el agua)

Estaba desnuda, boca arriba. Tenía los ojos abiertos. Sin brillo. Como dos piedras en un vaso de agua. Cuando la encontraron, llevaba más de ocho horas hundida en la tina del baño.

Las mujeres son distintas en todo. Incluso a la hora de morir.

Las cosas ocurrieron más o menos así: la empleada de la limpieza se encontraba pasando la aspiradora en el pasillo. De pronto, sintió el suelo sorprendentemente blando, húmedo. Con la punta de su zapato hizo presión y la alfombra sudó agua. Eran las siete de la mañana. Ella apenas comenzaba su turno. Afuera ya había ruido de bocinas, un barullo de fondo, inquietante. Tal vez, nuevamente, había gente improvisando barricadas y trancando las calles.

Entró a la habitación 701 y, de inmediato, sintió que se le mojaban los pies, el piso estaba empapado. Sin pensarlo demasiado cruzó hacia el baño, sus pasos produjeron un sonido hueco, plástico; se detuvo en el dintel de la puerta. Vio la bañera: una mano de mujer se alzaba con descuido sobre el borde de cerámica. Casi parecía un saludo flotando en el aire. Sólo necesitó dar un paso más para descubrir el cuerpo desnudo, suspendido en medio del líquido. La llave había quedado abierta y el agua se desbordaba lentamente. La empleada hubiera preferido no ver nada. Pero lo vio todo.

Los ojos abiertos bajo el agua. Como dos piedras.

Y entonces gritó. Y salió corriendo. Y volvió a gritar. Una, dos, tres, cuatro veces. Su alarido se estiró hasta llegar a la

recepción del hotel.

Magaly Jiménez se había registrado el día anterior. Llegó a media tarde, no traía valija. Hizo la reserva por una sola noche y pidió una habitación en un piso alto. En el formulario de ingreso dejó en blanco la información sobre su estado civil y su dirección particular. Sólo anotó su nombre, el número de su documento de identidad y un teléfono que, a la postre, resultó ser el celular de una amiga. Pagó con tarjeta de crédito y subió a la habitación a las cinco de la tarde. No salió nunca del cuarto 701. A las ocho de la noche llamó al servicio a las habitaciones y pidió hielo. Le consultaron si deseaba otra cosa, algo de beber, tal vez algo de comer; le indicaron que el menú se encontraba en un carpeta debajo del televisor, en el mueble que estaba empotrado en la pared frente a la cama. Ella dijo que no a todo. Muchas gracias. El empleado que le llevó la cubeta con hielos le comentó a la policía que la huésped abrió la puerta rápidamente. Que parecía tranquila aunque también podría haber estado un poco nerviosa. Que sus movimientos le parecieron bruscos, aunque no demasiado. Que tal vez evitó mirarlo a los ojos, pero tampoco estaba muy seguro. Es muy difícil hablar de personas que uno no conoce. Sonreía con amabilidad pero a la vez daba la impresión de estar apurada. En su rápido tránsito para colocar el recipiente con hielos sobre la mesa que estaba junto a la ventana, logró ver una botella de vodka y dos latas de agua tónica. Estaban en la mesa de noche. Lo recordaba con mucha claridad porque eran objetos diferentes, distintos, no formaban parte del rutinario paisaje de cada habitación. Por eso se fijó en ellos. Magaly Jiménez vestía el mismo pantalón y la misma blusa con la que llegó al hotel. Muchas gracias, repitió, y le dio una generosa propina. Tanto el empleado co-

mo las recepcionistas pensaron, en algún momento, que era una mujer casada que había venido a encontrarse clandestinamente con su amante.

Nadie, sin embargo, se presentó a buscarla. Magaly Jiménez no usó el teléfono de la habitación. Tampoco utilizó su celular para comunicarse con alguna otra persona. Sólo se desnudó y bebió vodka con agua tónica. Ingirió también siete u ocho ansiolíticos en píldoras de un miligramo. Llenó la tina con agua tibia. Y se dejó ir. Se deslizó hacia el fondo de su vida, medio borracha, cada vez más soñolienta, anotando erráticamente algunas frases de despedida en la hoja de un cuaderno, mientras el sueño la iba venciendo, mientras se ahogaba y se dormía al mismo tiempo.

Las mujeres son distintas en todo. Incluso a la hora de matar.

La policía sacó el cuerpo y lo colocó sobre las losas del baño. La piel de la mujer estaba arrugada y tenía un tono ligeramente azul. Sus pezones, sin embargo, estaban aún rosados, tiesos, como si estuvieran despiertos, como si tuvieran frío. Uno de los oficiales lo notó y le dio un codazo a un compañero, estiró disimuladamente sus labios señalando el cadáver, murmuró algo a su oído y luego ambos sonrieron.

Tenía cincuenta y dos años y todavía era una mujer atractiva.

¿Por qué *todavía*? ¿Qué énfasis da ese adverbio? ¿Es una manera de decir que, a pesar de tener cincuenta y dos años, Magaly Jiménez aún podía ser una mujer hermosa, deseable? ¿Es una forma de señalar que, después de su juventud, una mujer sólo puede ser atractiva si logra ocultar su edad? ¿Qué hace que una mujer se sienta o no se sienta

atractiva? ¿Quién define eso? ¿Ella misma? ¿Las otras mujeres? ¿Los hombres?

Una mujer camina por la calle y, a su paso, los hombres la observan. Algunos lo hacen con cierto recato, tratando de camuflar su curiosidad, su interés; otros no disfrazan nada: la miran sin ocultar su ansia. Ella se da cuenta. Siente esas miradas. Siente el peso del deseo de los otros sobre su cuerpo. ¿Así puede medir su grado de atracción? ¿Lo disfruta? ¿Disfruta que le observen el culo con lascivia? ¿No lo disfruta pero le parece saludable, se siente valorada?

Las miradas de los hombres casi lamen su cuerpo, sus movimientos.

¿Eso le gusta más que su propia mirada frente al espejo? ¿Le importa más?

¿Cómo se sentía Magaly Jiménez respecto a ella misma, a su cuerpo, a su figura? ¿Se sentía atractiva? ¿Se sentía todavía atractiva?

Tenía cincuenta y dos años, era delgada, sin llegar a ser una mujer atlética, tenía buena figura, los músculos firmes. El análisis policial no se detuvo demasiado en los detalles y el cadáver fue trasladado rápidamente a la morgue. Las diferentes evidencias, más el examen preliminar del forense, no permitían que se colara alguna otra hipótesis. Magaly Jiménez se había quitado la vida. Se trataba de un suicidio bien pensado, planificado y ejecutado con calma y precisión. El coctel de vodka con los ansiolíticos había sido muy eficaz. En la hoja de un cuaderno escolar, nuevo, probablemente comprado para la ocasión, Magaly había escrito unas breves líneas, destinadas a su único hijo. Fue sencillo deducir que la primera carta había sido escrita antes de meterse en la tina. Los otros dos mensajes que escribió después ya es-

taban manchados por el agua y por los efectos del alcohol y de las píldoras.

Querido SEBAS:  
 NO QUIERO QUE TE VAYES  
 POR ESTO. NO TIENE NADA  
 QUE VEN CONTIGO. TÚ ERES  
 LO MÁS GRANDE, LO MEJOR,  
 LO MÁS BONITO QUE ME HA  
 PASADO EN LA VIDA. NO CREO  
 QUE ENTIENDAS NI ACEPTES ESTA  
 DESPEDIDA. ESPERO QUE LA  
 RABIA NO TE DURE MUCHO  
 Y QUE LUEGO TE PERDONEN  
 TE AMO MUCHÍSIMO

YATKO'.

Una evaluación grafológica estableció lo obvio: que la letra era de la misma persona y que gradualmente iba registrando el proceso de intoxicación etílica y química de la difunta. Lo más probable era que el último mensaje hubiera sido escrito ya muy cerca del momento de su muerte, eso explicaría la debilidad de la letras y las gotas de agua que hacían casi ilegible esa línea.



Esta podría ser una posible reconstrucción de lo sucedido:

Magaly entró al baño, aún estaba vestida, tenía un vaso con vodka y agua tónica en la mano. Ya era de noche. Desde la habitación llegaba el lejano sonido del televisor. Era un avance del noticiero, transmitían unas declaraciones de un general diciendo que todo estaba en orden. Sin embargo, en la calle, bastante cerca del hotel, a veces sonaban algunos disparos. Toda la tarde había transcurrido así. Siempre era igual. Llevaban tanto tiempo así. La policía detenía gente todos los días. Magaly apagó la luz del baño y siguió mirándose a oscuras en el espejo. El país sólo fue un rumor lejano, encendido en la televisión, encendido en los disparos dispersos que venían de la calle. Un rumor que estaba más allá del vodka.

Tal vez pensó en Sebastián. Quizás de nuevo agradeció que estuviera afuera, tan lejos. Era una rara combinación de tristeza y de alivio. Vivir en esa ciudad era jugar a la ruleta rusa. En cualquier momento te podía tocar una bala. Hacía tres años, ella misma había promovido que su hijo se fuera a estudiar un postgrado en Estados Unidos. Sebastián no estaba demasiado convencido, no quería dejar a sus padres solos, no deseaba abandonar la ciudad, y estaba comenzando a salir con una muchacha que le gustaba mucho, que lo tenía muy entusiasmado. Ninguna de las tres razones, sin embargo, duraron demasiado. La muchacha regresó con un novio anterior y Magaly consiguió para él una maestría en econometría en la universidad de Los Ángeles. Así logró expulsar a su hijo del país. Cada vez que veía las manifestaciones y el humo de las bombas sentía una aguda presión en el pecho. Saber que Sebastián estaba lejos le producía dolor pero también alivio. Sentía impotencia, culpa, rabia,

pero al mismo tiempo también sentía una áspera tranquilidad.

Se desnudó poco a poco frente al espejo. Lentamente. Primero se sacó los zapatos. Lo hizo con los pies, sin dejar de mirar su reflejo en el cristal. Luego se quitó el pantalón, se desabotonó la blusa, la colocó sobre la tapa del retrete. Descalza y en ropa interior se acercó a la tina, manipuló las llaves y dejó correr el agua hasta conseguir la temperatura adecuada, luego accionó la manija para tapar el desagüe. Cuando la bañera comenzó a llenarse, fue de vuelta a la habitación, buscó en su bolso el pequeño cuaderno, un bolígrafo y la caja con los ansiolíticos. Se sirvió otro trago, con menos tónica y más vodka. De regreso al baño, apagó el televisor. En ese momento estaban transmitiendo un informe del Alto Mando.

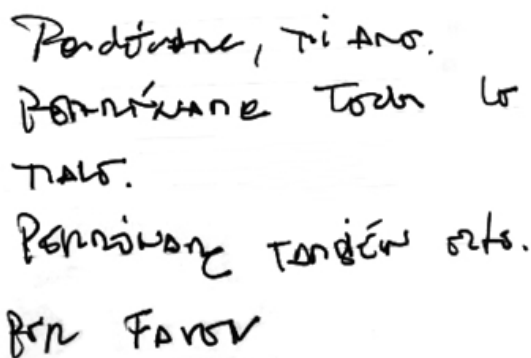
Metió un dedo en la tina. El agua estaba tibia.

Apartó la ropa y se sentó sobre la tapa del excusado, se tomó las dos primeras pastillas, bebió un largo trago de vodka. Luego tomó el cuaderno y el bolígrafo y le escribió a su hijo:

Querido Sebas: no quiero que te culpes por esto. No tiene nada que ver contigo: tú eres lo más grande, lo mejor, lo más bonito que me ha pasado en la vida. No creo que entiendas ni aceptes esta despedida. Espero que la rabia no te dure mucho y que luego me perdones. Te amo muchísimo.

Mamá.

Antes de meterse a la tina, se sirvió un poco más de vodka y tomó otras dos pastillas. Se miró de nuevo en el espejo. Acercó la cara al vidrio. Tenía ganas de llorar. Pero ya había pensado demasiado en todo lo que estaba ocurriendo. Los suicidios no se improvisan. Por el contrario, sólo son el paso final de una muerte que se ha pensado detalladamente, que se ha ido administrando durante largo tiempo. Llevó a la tina el vaso, el cuaderno, el bolígrafo. Cruzó sobre el borde de cerámica y se quedó de pie unos instantes dentro de la bañera. Lo pensó unos segundos más. Luego se inclinó y dejó el vaso en una esquina, junto al jabón y un pequeño frasco con sales minerales. La llave del agua seguía abierta. Una ligera nube de vapor flotaba a media altura. Fue entonces cuando, con letra más desigual y menos firme, escribió las líneas del segundo mensaje, unas pocas frases en otra página de su cuaderno. Sólo fueron doce palabras:



Прости, ти Amo.  
Прости me todo lo  
TRABO.  
Прости me también esto.  
Ben FANOV

Quizás fue un raptó de remordimiento. No llegó a arrepentirse pero sí sintió un tirón interior que la hizo sentir en falta. Desnuda, a punto de entrar al agua, dispuesta a morir, de repente se sintió desleal. Y entonces escribió con

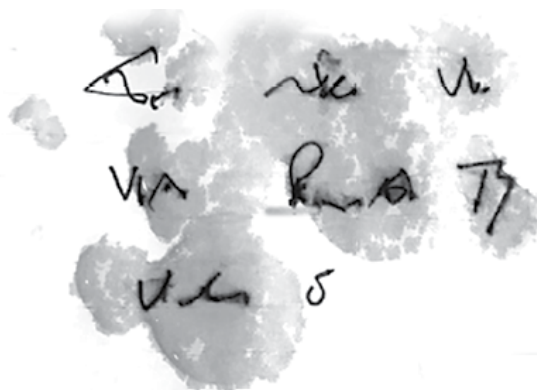
apuro una súplica, dibujó la apariencia de un fugaz arrepentimiento.

Perdóname, mi amor. Perdóname todo lo malo. Perdóname también esto, por favor.

Pero siguió ahí. No se detuvo.

Luego, tal vez, dejó el cuaderno en el rellano de cerámica que se extendía medio metro hacia la pared del fondo, lo más lejos posible del borde de la tina. Se deslizó poco a poco hasta quedar sentada, en medio del agua. Cerró los ojos y escuchó el sonido del chorro cayendo, el borboteo leve; dejó que su cuerpo entrara en contacto con el líquido, como si fuera un bóveda flexible. Sintió el agua en sus rodillas, en sus nalgas y en su sexo, en sus senos y en sus axilas. Hundió un poco más el cuerpo, hasta que sus hombros fueron también abrazados por la leve marea de la tina.

¿Qué ocurrió a partir de ese instante? ¿Cuánto tiempo más estuvo ahí, en esa misma posición? ¿En qué pensó? ¿Cómo fue sintiendo, suavemente, la invasión del alcohol y de los ansiolíticos dentro de su cuerpo? ¿Percibió, tal vez, cómo se dormía una pierna? ¿Sintió la saliva amarga, la boca cada vez más seca? ¿Tuvo alguna sensación de desequilibrio, incluso ahí, flotando en el agua? ¿Se arrepintió? ¿Por qué, en algún momento, decidió escribir algo más, una línea más, una última frase? ¿Se levantó del agua con facilidad o, más bien, lo hizo con movimientos torpes, erráticos? ¿Pensó la frase antes, mientras estaba meciéndose en la tina, o se le ocurrió ya al final, desnuda y encorvada, goteando sobre la primera página del cuaderno? ¿Fue una decisión racional o un raptó abrupto, empujado más bien por la velocidad del vodka? ¿Por qué Magaly Jiménez escribió esa última frase?



Todos los intentos por descifrar esa línea, por hacerla medianamente legible, fracasaron. La policía no gastó demasiado tiempo. Con eficiente velocidad, desistió. Una vez declarado el suicidio, parecía intrascendente que la confesión fuera o no inteligible. Sólo era un asunto sentimental y, por lo tanto, privado. Para efectos del caso, no importaba mucho lo que la occisa hubiera querido decirle a su hijo. Al final, sólo eran palabras en el agua. El verdadero y único mensaje había sido enviado de manera directa, sin titubeos. No necesitaba traducciones. Podía leerse con total nitidez. Magaly Jiménez decidió quitarse la vida. Hizo su muerte. Nada más.

## (Los suicidas siempre avisan)

En otras épocas, tal vez, un suicidio hubiera ocupado una esquina de las páginas de sucesos de algún periódico. Pero en esos días, ya ni siquiera había periódicos. Los que quedaban estaban dominados por el Alto Mando. En la primera página había siempre fotos de algún funcionario declarando en contra de los rebeldes y a favor de la patria. La gran mayoría de la gente se interesaba por otras primicias, quería saber a qué mercado había llegado pollo, dónde podía conseguirse crema dental barata. La situación económica era terrible, el dinero no alcanzaba para nada, los precios cambiaban cada día, había que hacer cola para comprar cualquier producto y, muchas veces, ni siquiera se conseguía. No había harina, no había arroz, pero también escaseaban las medicinas, los desodorantes o las toallas sanitarias. La ciudad parecía estar llena de zombies o de fantasmas, deambulando, caminando sin sentido, en cualquier dirección. Muchas calles estaban vacías. Otras, llenas de gente formada en fila, esperando su turno frente a un mercado o una farmacia. Era común encontrarse a personas hurgando entre las bolsas de basura, buscando comida. Una tarde, volviendo del consultorio, Magaly Jiménez vio a una familia escarbando entre los deshechos, cerca de su casa. La mujer cargaba una niña pequeña en brazos. Otras dos niñas estaban junto al hombre, todos en cuclillas, revisando entre las bolsas negras y los desperdicios regados sobre la acera. No eran mendigos. Estaban todos limpios, vestidos, con zapatos. Magaly tenía en el carro parte de una compra que había hecho en el mercado negro, donde se conseguía

de todo pero a precios exorbitantes. Detuvo el automóvil junto a ellos. La mujer estaba de espaldas, agachada, explorando en la basura, buscando tesoros. Magaly sintió que tenía atascado en el pecho un trozo de hierro caliente. Trató de llamarla pero no supo cómo decirle, qué decirle. Le gritó un monosílabo. Dos vocales apretadas, urgentes. La mujer entonces volteó. Cargaba el bebé en el brazo izquierdo. En la mano derecha apretaba un hueso de pollo. Magaly sintió un olor a cenizas en su garganta. Le ofreció una bolsa con pan de molde y un paquete de harina. Al dárselo, sintió que su mano temblaba. La mujer dijo gracias y miró abismada el regalo. Las dos niñas se acercaron. El hombre ni siquiera volteó. Magaly, apremiada y todavía nerviosa, encendió de nuevo el carro y se alejó. Cuando la familia empezó a ser un dibujo lejano en el espejo retrovisor, comenzó a llorar.

Pero el Alto Mando decía que no había hambre. El Alto Mando aseguraba que el hambre era una manipulación mediática. El Alto Mando denunciaba que el hambre era invento de los enemigos. El Alto Mando decía que el Alto Mando defendía y protegía a todos los ciudadanos de una invasión extranjera. El Alto Mando repetía que gracias al Alto Mando el pueblo se había salvado.

¿Quién era el Alto Mando? Nadie parecía saberlo.

¿Qué era? Era una voz acompañada de muchos hombres con armas.

¿Dónde estaba? En todos lados.

La familia que buscaba comida en la basura tampoco aparecía nunca en las noticias. Tampoco podían verse las marchas de protesta, la gente que detenían, los estudiantes